El País,

29 de Marzo , 1989

La tragedia y la música

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO

Alhucema sigue fielmente la épica y la estética del teatro de Salvador Távora. Un teatro excesivo en ocaciones, complejo y barroco, que sin esfuerzo podríamos conceptuar como tragedia andaluza.

Y es difícil concebir un teatro andaluz sin música. No necesariamente música flamenca, sino andaluza, lo que amplía extraordinariamente el abanico sonoro de este teatro personal e intransferible. Távora, en *Alhucema*, utiliza constantemente su conocido universo sonoro, que va de los cantos litúrgicos hasta el cante flamenco, pasando por los redobles profesionales y el pasodoble taurino.

El teatro de Távora no sería posible al margen de lo *jondo*. *Cantaor* él mismo, su estética es subsidiaria del flamenco aun en los momentos en que no se canta ni se baila. Esa forma de disponer el movimiento del coro, la utilización de manos y brazos, incluso la forma de vocalizar los recitados o las evoluciones de esos increíbles caballos casi bailarines.

Más aún, en *Alhucema*, concretamente, los momentos más hermosos de la obra, los de verdadera grandeza, son aquellos en que el cante es el principal protagonista: la *siguiriya*, la *toná* —con un espléndido *cantaor* llamado Manuel Vera— o esa maravilla final de *La paloma*, verdadero broche de oro a una obra que, sin lo *jondo*, sería mucho menos convincente.